

Autobiografía Sobrina de Aldous Huxley y emigrante cultural, Claire Nicolas, nos brinda un bello retrato del período de entreguerras en EE.UU.

Vida entre creadores

ANTONIA JUSTICIA

“De vez en cuando necesito que me recuerden que existe eso que llaman genio. Al ser hija, esposa y madre de artistas, tiendo a ser escéptica respecto a esa cualidad tan esquiva. Quizá sea meramente una cuestión de energía abrumadora. Sea lo que sea, de vez en cuando una necesita encontrarse con ella para que la vida merezca la pena”. Si algo le sobra a Claire Nicolas White (Groet, Holanda, 1925) a sus 92 años son precisamente encuentros con la genialidad. Hija de miembros de la bohemia intelectual de los Países Bajos en la época de entreguerras, por su vida han desfilado nombres destacables como Aldous Huxley, su tío, Igor Stravinski, Krishnamurti, Henry Miller o Christopher Isherwood. Criada entre artistas a caballo entre la vieja Europa y Estados Unidos, Nicolas White nos brinda con *Mosaico de una vida*, su única obra publicada en España, un emotivo y hermoso retrato de la época de entreguerras desde la perspectiva de una emigrante cultural, unas memorias sembradas de personajes mundialmente reconocidos y otros no tanto, pero todos únicos y memorables.

Poeta, novelista (*The death of the orange trees*, *Ernestine*, *Snapshots*), biógrafa, traductora, crítica de arte, dramaturga... A diferencia de sus padres, Joep y Suzanne, él famoso vidriero holandés y ella escultora, la materia prima de Nicolas son las palabras. Con ellas nos hace viajar por la Europa de su infancia, las calles del puritano Roermond donde los niños lanzaban piedras a su mundana madre, el internado en Ubbergen o los veranos en Saint Tropez, donde “conocimos a poetas ingleses degenerados que tenían como mascotas a mantis religiosas que bebían ajeno”. Es en las terrazas de sus bares donde la autora oye hablar por primera vez de Hitler, el verdadero motivo de su destierro a Estados Unidos. La prensa acude a despedir a la familia al puerto de Rotterdam. Viajan en primera cla-

Aldous Huxley
“Siempre había sospechado que era una especie de brujo. Sabía de sus manos curativas, de sus experimentos con la percepción extrasensorial, su amistad con médiums, su fascinación por las drogas”

Krishnamurti
“Él simplemente era, cosa que a mí me parecía refrescante. Se le daba bien caminar, era elástico, flexible y permanecía en silencio, para que pudiéramos concentrarnos paso tras paso”

Frieda Lawrence (esposa de D.H. Lawrence)
“Germánica, enérgica y voluminosa, nos animó a subir a las montañas a visitar ‘La capilla’, un monumento en recuerdo de su famoso marido, D. H., cuyo retrato había pintado mi padre en los años treinta”



entrevista a Claire Nicolas White

“Aldous fue una especie de sabio al fondo”

A. JUSTICIA

Desde su casa de St. James, Long Island, donde vive desde que se casó con el escultor Robert White, Claire Nicolas atiende vía e-mail las preguntas que le plantea *Cultura/s*.

¿Se considera afortunada por haberse criado en un ambiente tan especial como el suyo, con la cultura y el arte siendo el pan de cada día?

Me sentí sumamente afortunada de haber tenido un padre tan activo, intelectual y artísticamente, y a pesar su entorno marcadamente católico, tan abierto de mente. Apoyaba y dejaba

total libertad a mi madre en su trabajo.

¿Su grito de rebeldía fue el puritanismo como contrapartida?

Mi puritanismo (si eso era) simplemente significó no necesitar rebelarme. Como decía mi marido, el arte es celebración.

Con una madre tan potente e independiente como la suya era difícil no quedarse en segundo término.

Mi madre nunca nos hizo sentir que estábamos en segundo término. Era muy delicada en su relación conmigo



Claire Nicolas en el centro en una imagen actual, rodeada de algunas fotogra-

fías que ilustran su vida. A la izquierda, el retrato que le hizo Henri Cartier-Bresson

tras licenciarse en la universidad, abajo, con su primer amor, el español Jean

Álvarez de Toledo. A la derecha, un retrato de familia en Long Island y abajo,

con su hermana Sylvia y sus tíos María y Aldous Huxley SABINA EDITORIAL



y con mi hermana Sylvia, artista de mucho talento.

En el libro no queda muy claro los motivos que llevaron a sus padres a emigrar a los Estados Unidos. ¿Puede profundizar un poco?

Vivíamos en Holanda, al lado de la frontera. A mi padre le aterrorizaba Hitler. Cuando recibió un encargo para pintar un mural en el Rockefeller Center de Nueva York vendió todo, la antigua empresa familiar de vidrieras, nuestra casa. No éramos judíos, pero muchos de nuestros amigos sí lo eran, sobre todo artistas y escritores que huyeron a Nueva York.

Estudió en la universidad privada femenina de Smith. ¿Llegó a encajar en ese ideal de mujer estadounidense media que personificaban sus alumnas?

No, nunca me sentí una chica de Smith, aunque serlo daba bastante prestigio cuando se buscaba trabajo. De hecho fue allí donde aprendí el inglés como para poder escribirlo. Tuve

algunos profesores de literatura muy buenos. Lo que no me gustaba era esa mentalidad tan compacta de clase media americana. Mis mejores amigas allí eran una francesa compañera de habitación y una princesa rusa. El modo de ligar no me parecía nada romántico.

¿Quién influyó más en su trayectoria como poeta y escritora?

Como escritora, tuve el apoyo de mi familia, mi madre y mi padre y mis tías y tíos en tres idiomas distintos. Me inspiraron los poetas franceses (Verlaine), novelistas como Fournier, los poetas norteamericanos Theodore Roethke y Richard Wilbur; y los fantásticos profesores del Smith College. También he traducido mucha poesía holandesa y varias novelas (*The assault*, de Harry Mulisch).

Hay en todo el libro una melancolía por la Europa perdida, ¿nunca se planteó volver?

Amaba mucho Europa y todavía

echo de menos Holanda, Italia y Francia; siguen siendo los cimientos. Y sí, nostalgia. Pero ahora tengo mis raíces aquí, nietos, y un paisaje que estimo.

¿De qué manera le ha marcado la vida ser la sobrina de Aldous Huxley?

Aldous siempre será alguien por quien siento un gran respeto, que me animó a seguir mi camino; una especie de sabio al fondo.

Hay en la edición inglesa de sus memorias un maravilloso retrato suyo realizado por Henri Cartier-Bresson, el padre del fotorreportaje. ¿Cuál fue o es su relación con él?

Cartier-Bresson vino a Nueva York justo después de la guerra. Yo me acababa de licenciar en la universidad y había empezado a escribir para *Junior Harper's Bazaar*, que le encargó mi fotografía. Era maravilloso improvisando, no me hacía posar, y su hermana y yo nos hicimos amigas una temporada. |

se en un barco de la Holland America. Cuando pasea no puede evitar bajar la vista a la cubierta de tercera clase, donde se apiñaban grupos de refugiados mareados. “Son judíos, nos explicó padre. Creo que nunca había oído antes aquella palabra. Como estábamos en el mismo barco, decidí que estábamos huyendo del mismo peligro y por la misma razón”. Tiene 14 años.

En EE.UU. ingresa en el Liceo Francés donde formará grupo con nietos de personalidades como Matisse, el director de teatro George Pitoeff o el compositor Vittorio Rieti. También allí conocerá a su primer amor, Jean Álvarez de Toledo, un español hijo de un refugiado de la Guerra Civil. Una comunidad de expatriados, todos jóvenes adolescentes de familias inmigrantes, que crean un mundo rico, variado, tan vivo como confuso, en los años de la guerra.

No es hasta el verano de 1946 cuando viaja a California, a la casa de la hermana mayor de su madre, María, y donde conocerá a su famoso tío, Aldous Huxley. Hacen el camino en una destartalada furgoneta cargada de esculturas, obras de su madre. Su destino es el hotel Beverly Hills de Los Ángeles donde les espera una galería de arte dirigida por los padres de Elisabeth Taylor. Charlie Chaplin, Igor Stravinski y Greta Garbo hacen de la inauguración un éxito de público y crítica. Es allí, en California, en San Bernardino, donde Claire, que acaba de descubrir su ambición literario, recibe el empujón definitivo. Lo hace al lado de los Huxley, en unos largos paseos organizados por su tía, quien la anima a caminar con “el sabio” para aprender: “Aldous portaba su hermosa y distinguida cabeza con aparente fatiga. Siempre la inclinaba hacia adelante, como si marcara la dirección a su cuerpo alargado, de rodillas valgas, durante las largas caminatas que dábamos. Empecé a imaginarme los pensamientos que poblaban su cerebro como huevos sumamente quebradizos”.

La autora repasa su matrimonio con el escultor Robert White, su vida en la granja en Long Island y los últimos momentos con su madre, esa figura crucial, obstinada en su papel: “Quiero que sea enormemente sólida, sabia, por encima de mí, pero ella insiste en seguir a mi altura, ofreciéndome todas las intimidades de su vida”. En definitiva, un bello mosaico del que se sirve la autora para poner en práctica su propio precepto: “La vida es un caos, el arte es necesario para organizarlo, como una reflexión y una especie de contemplación”. |

Claire Nicolas White
Mosaico de una vida

SABINA EDITORIAL. TRADUCCIÓN: MÓNICA RUBIO. 250 PÁGINAS. 20 EUROS